

La eclosión de Eurasia y su impacto en América Latina y el Caribe: percepciones e intereses de actores globales y regionales

Andrés Serbin

En un mundo en acelerada y compleja transición, dos regiones distantes comienzan a desarrollar vínculos y relaciones a diferentes niveles. Una de ellas –Eurasia– es un mega-continente que concentra a más de la mitad de la población mundial y a una creciente porción de la riqueza global, que conocemos poco en nuestra región. Eurasia es otro mundo, diferente y “allá afuera” sobre el que “la mayoría de nuestros líderes saben muy poco y acerca del cual piensan incluso mucho menos” (Cox, 2020). Pero es un mundo en ascenso y un polo decisivo en los asuntos globales. La otra región –América Latina y el Caribe, tiende a ser catalogada como un subcontinente en permanente brega con su legado histórico de “extremo” Occidente (Rouquié, 1989), con el peso de la hegemonía de su poderoso vecino del Norte –los Estados Unidos–, y con sus dificultades de articular una visión integrada y propia en el concierto mundial. Eurasia despliega un complejo proceso de integración geopolítica y geoeconómica que la lleva a convertirse en un centro gravitacional en el sistema internacional, mientras que América Latina y el Caribe viven actualmente un proceso de desintegración y fragmentación, en la periferia de este sistema. A la lejanía geográfica de ambas regiones se añade su distancia cultural y política, en un mundo que, sin embargo, se comprime por efectos de la globalización y que inexorablemente las pone en contacto y las vincula. Mientras el peso del polo euroasiático –tanto a través de sus actores más poderosos (con China como cabeza visible) como en tanto región– se incrementa, la cambiante dinámica de las relaciones de poder global y de las interdependencias plantea, pese a la extendida ignorancia y la muy exigua investigación existente en nuestro medio, algunas preguntas cruciales: ¿Qué caracteriza y vincula a estas dos regiones?; ¿Qué desarrollo actual y que potencial tienen esos vínculos?; ¿Cómo se perciben y se relacionan?

Para responder a estas preguntas hay que analizar y comprender, en primer lugar, los alcances del proceso de configuración del polo euroasiático, para luego desglosar su proyección y vinculación con América Latina y el Caribe.

De Eurasia a la Gran Eurasia: la compleja construcción del polo euroasiático

En 1996, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores de la Federación Rusa Evgueni Primakov, ya planteaba que un “triángulo estratégico” entre Rusia-India-China (RIC) en un mundo multipolar permitiría una cierta protección para las naciones independientes no alineadas a los dictados de Occidente y un mayor equilibrio en el sistema internacional. Esta visión se sustentaba en la percepción acerca de la urgencia de articular el creciente peso del espacio euroasiático en este sistema como una alternativa al orden existente y en la necesidad que los tres estados más importantes –tanto por su potencial desarrollo económico como por su capacidad militar (y especialmente nuclear)– deberían manejar coordinada y colectivamente los asuntos económicos y de seguridad del mega-continente. Asomaba así la noción de Eurasia como un factor geopolítico decisivo en el orden mundial, augurando lo que algunos analistas denominarían el “siglo euroasiático” (Macães, 2018), en respuesta no sólo al desplazamiento del dinamismo económico global desde el Atlántico hacia el Asia Pacífico, sino también a la emergencia de nuevos polos de poder con sus respectivas áreas de influencia en el marco de un nuevo mapa geopolítico global.

Sin embargo, pese a la articulación de estos tres grandes actores en el grupo RIC (Rusia, India, China) que da lugar al BRICS (con la incorporación de Brasil y Sudáfrica), el desarrollo y la consolidación de un entramado institucional, conectivo y económico en Eurasia responde fundamentalmente en la actualidad a la convergencia estratégica de dos actores cruciales –China y Rusia– quienes, desde la última década del siglo pasado y, especialmente en el transcurso de la década actual, han desarrollado una creciente confluencia y cooperación en la región respondiendo a las reorientaciones de sus respectivas políticas exteriores. Esta convergencia –luego de un largo proceso de incubación– constituye en la actualidad el eje de la reconfiguración geopolítica y geoeconómica del espacio euroasiático y de su creciente peso en el orden internacional.

Tanto Moscú como Beijing han impulsado su proyección en el espacio euroasiático en función de su propia seguridad y como una alternativa al orden occidental –Rusia, con el propósito de consolidar su influencia en el entorno heredado de la URSS, de reconstituir su status de potencia mundial, de consolidar su proyección hacia Asia en busca de contrabalancear las tensiones en su relación con Occidente y de contener la presencia de los Estados Unidos en sus regiones colindantes, y China en función de percibir el área como un espacio de expansión y proyección económica, como una vía de acceso al mercado europeo y como una región de menor potencial de conflicto que el Asia-Pacífico cuya estabilidad le permitiría asegurar, consolidar y preservar una

plataforma económica y estratégica para su proyección global. En este marco la convergencia entre ambas potencias euroasiáticas en la reciente década ha dado lugar a significativos avances en la cooperación, en la coordinación de políticas y en la construcción de un complejo entramado institucional no siempre exento de tensiones.

En el año 2000 Pekín y Moscú firmaron un tratado de amistad que fue seguido por la creación de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) en 2001 por iniciativa de ambas naciones y con la participación de los países del Asia Central –el núcleo inicial de la construcción eventual de una convergencia y de una articulación euroasiática–. La OCS fundó las bases de esta convergencia en torno a la necesidad de contener la presencia estadounidense en la región (sin convertirse oficialmente en una alianza militar anti-OTAN), a la par de asegurar el interés común en prevenir las amenazas a la estabilidad regional por parte de los llamados “tres males” –terrorismo, separatismo y extremismo–. Desde 2003, Rusia intentó promover asimismo el desarrollo de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) con la participación de algunas repúblicas centroasiáticas, en un manifiesto intento de contrabalancear la presencia eventual de la OTAN en la región. Pese a que la OTSC sigue vigente, China no apoyó ni participó en esta iniciativa, todavía en el marco de una fase menos proactiva y explícita en su confrontación con los Estados Unidos durante el período presidencial de Hu Jintao, cuando la idea de un G-2 o de una “Chinamérica” –en función de la interdependencia económica creciente entre China y los Estados Unidos– aún flotaba entre algunos analistas y funcionarios (Serbin, 2016).

Por otra parte, el énfasis de Beijing de orientar la OCS hacia la cooperación económica y, eventualmente, hacia la conformación de un tratado de libre comercio, chocó con las reticencias rusas y la organización siguió focalizada principalmente en los temas de seguridad y de cooperación en distintos ámbitos, inclusive después de la incorporación de India y Pakistán en 2017 y del progresivo acercamiento a su órbita –como miembros observadores– de países como Irán, Afganistán y Mongolia, y de “miembros de diálogo”, como Turquía, entre otros.

Como complemento a estos avances institucionales, Rusia anunció el “pivote hacia Asia o hacia el Este” en 2012, con énfasis en el desarrollo de Siberia y del Lejano Oriente ruso y en la integración con algunos estados más prominentes de su entorno inmediato, particularmente en Asia Central. El desarrollo del “pivote hacia Asia” constituyó un fenómeno complejo de la Rusia post-URSS en su intento de tomar distancia del sistema euroatlántico, de promover consecuentemente una reorientación integral hacia Asia priorizando sus vínculos con el “no-Occidente”, como un componente crucial de una visión más

amplia de la multipolaridad (o “policentrismo” en versión rusa) tanto a nivel regional como global, pero también como parte de una estrategia para asegurar la influencia rusa en el espacio postsoviético. La confrontación entre Rusia y Occidente en torno a la alineación de Ucrania, contribuyeron a que Moscú consolidara este espacio a través de la creación de la Unión Económica Euroasiática (UEEA) en 2015, con la inclusión asimismo de Bielorrusia y Armenia, pero sin la anhelada inclusión de Ucrania. La UEEA se convirtió así en una herramienta de integración de una parte del antiguo espacio soviético bajo la égida de Moscú.

En una veta similar, China inició una creciente proyección hacia el Oeste y hacia las repúblicas del Asia Central, tanto para consolidar un ámbito más estable y seguro para sus intereses, como para contrabalancear la carga estratégica que le imponía la proyección estratégica de los Estados Unidos y de sus aliados en el Asia-Pacífico. El equivalente chino del “pivote hacia el Este” ruso ha sido el “pivote hacia el Oeste” promovido por Beijing, a través de la “Nueva ruta de la seda” (denominada *Belt and Road Initiative* – BRI) anunciado por Xi Jinping en 2013 en Kazajistán con el propósito de conectar por vía terrestre con los mercados europeos y centroasiáticos, en el marco de una política exterior más proactiva, asertiva y multidimensional que las que desarrollaron sus predecesores, y con aspiraciones a una proyección global. La BRI se convirtió progresivamente en el eje de una “gran estrategia china” tanto en su proyección regional como global.

En el marco del acercamiento sino-ruso, Putin elogió la importancia de la BRI, pero Moscú propuso, en 2015, una “armonización” o convergencia entre esta iniciativa y la UEEA, que se concretó con la firma de un acuerdo de cooperación económica en octubre de 2018 entre la UEEA y China. Moscú se resistía a una adhesión a la BRI que pudiese abrir paso a una penetración económica china tanto en Rusia como en Asia Central pero no se desligaba de la necesidad de avanzar en la cooperación con Beijing y eventualmente de beneficiarse de la misma. En este contexto y sobre la base de esta “armonización” en curso, Putin promueve, desde 2016, el Proyecto de la Gran Eurasia (GEP), como un elemento aglutinador para la región que China, al igual que algunos países centroasiáticos, acepta y asume, aunque con ciertas reticencias. Pese a la vaguedad del GEP y su superposición con la “mirada hacia Asia”, de hecho, la UEEA se convierte, en este marco, en el referente principal de la política rusa no sólo para la construcción de un espacio euroasiático sino también para la inclusión eventual de Europa en el mismo. En este sentido, Rusia se ve como el componente articulador o de tránsito entre Asia y Europa y no descarta, pese a su actual orientación euroasiática y a la posición crítica europea, un eventual acuerdo entre la UEEA y la Unión Europea (UE).

Rusia y China convergen no sólo en la articulación y desarrollo de una serie de mecanismos institucionales y de iniciativas de cooperación en el ámbito de sus respectivas políticas en Eurasia, sino que también comparten, a nivel global, posiciones comunes en torno a la defensa de los principios de soberanía y de no intervención frente a las normativas y acciones que puedan emanar desde el sistema liberal internacional, desde los organismos multilaterales y, particularmente, desde los Estados Unidos, en el marco del cuestionamiento al orden liberal internacional y de una *entente* fundada en “una empatía mutua y en una convergencia geopolítica basada en visiones coincidentes y en un resentimiento común frente a la dominación global de los Estados Unidos” (Trenin, 2016).

La relación se basa, sin embargo y desde el principio, en una visión pragmática de ambas partes en un entorno internacional que perciben como hostil: Rusia necesita a China como inversor y como socio comercial para fortalecer su economía, China necesita a Rusia por sus recursos energéticos para impulsar su desarrollo, y por su potencial asistencia y capacidad militar¹. A la vez, ambas coinciden en su preocupación por la estabilidad regional y por las amenazas terroristas en Eurasia; por su cuestionamiento al orden internacional liberal y a la hegemonía de los Estados Unidos, y por su aceptación, con diferentes énfasis críticos de la globalización. La convergencia entre ambas naciones permite asegurar sus respectivas retaguardias estratégicas en Eurasia a través de la cooperación en distintos campos, pero también pone eventualmente en evidencia intereses contradictorios que han logrado matizar y manejar. Rusia rechaza asumir una posición subordinada en la relación de asimetría económica entre ambos países; China aspira a acceder –a través de Rusia– a una serie de mercados, incluyendo los países de Asia Central y de Europa, y a una serie de recursos (especialmente petróleo y gas) necesarios para su propio desarrollo, en el marco de una visión sino-céntrica del orden mundial. Ambos ven, sin embargo, la importancia de la complementariedad de su asociación.

No obstante, la creciente cooperación en Eurasia y la consolidación de un espacio eurasiático no-occidental a partir de la “armonización” y de la convergencia del proyecto estratégico ruso de la Gran Eurasia y de la BRI china, con sus propias instituciones y dinámicas de conectividad y articulación, tiene su foco en la región y no necesariamente se refleja en otras regiones con la misma intensidad. La persistencia de algunas percepciones y estereotipos mutuos es una de las razones para esta limitación: Rusia desconfía de la excesiva proyección de China en Asia Central, de los alcances geopolíticos de la BRI y de sus crecientes y “excesivas” ambiciones globales en torno al “sueño chino”, y China percibe a Rusia –quizás demasiado “europea” o “eurocéntrica”–, como un socio menor que, tarde o temprano, será asimilado por la expansión

china, y a la UEEA como una iniciativa geopolítica que responde a los intereses de Moscú, pero que se ajusta pragmáticamente al proceso. Europa –absorbida por sus propios conflictos internos, a su vez, mira con desconfianza y pesimismo la posibilidad de una articulación entre la UE y la UEEA en una relación marcada por los roces y las tensiones entre Europa y Rusia, y con más simpatía y apego la posibilidad de una vinculación con la BRI y con los beneficios comerciales y financieros que ésta podría aparejar, a pesar de las tensiones que genera con los Estados Unidos.

¿Un tercero en discordia?: India entre Eurasia y el Indo-Pacífico

La India, en cambio, que en 2017 había sido admitida en la OCS como parte de su propia orientación “hacia el Este”, rechaza la BRI en tanto la percibe como una amenaza a sus intereses y a su estrategia de desarrollo, como así también a su seguridad en el Océano Índico. La preocupación de Nueva Delhi respecto a los avances chinos –más allá de las históricas disputas y tensiones fronterizas, y de las tensiones en torno al apoyo chino a Pakistán que complejiza su reclamación en Kashmir–, se conjugan, sin embargo, con una estrecha vinculación comercial con China y evidencian a la vez una posición ambigua en su política exterior. Por un lado, aunque algo debilitada, persiste su alineación histórica con Rusia –su principal proveedor de armamento–, y por otro, se desarrolla su creciente vinculación al llamado cuadrilátero (“*Quad*”) “libre, abierto y democrático” de seguridad regional del Indo-Pacífico promovido por los Estados Unidos en alianza con Japón y Australia y orientado a contener a China en su proyección y expansión en el Sur de Asia y en el Pacífico. A la vez, compite con China en África e impulsa un corredor de desarrollo económico de esta región junto con Japón, en clara contraposición a la BRI. El complejo juego de equilibrio de India en Eurasia, entre una China como rival pero, a la vez, como estrecho socio comercial; los Estados Unidos que presionan por la consolidación de la estrategia del Indo-Pacífico con la participación clave de la India, y una Rusia que reactiva sus vínculos con Nueva Delhi para balancear su relación con China (mientras que llamativamente India solicita su incorporación como miembro pleno a la UEEA), la identifica como uno de los tres actores regionales clave pero, a la vez le impide ser parte del ya constituido *tándem* Rusia-China que promueve un espacio eurasiático con capacidad de desafiar a Occidente.

Si bien, en la actualidad, los tres miembros del RIC expresan, en un plano más amplio y con sus propios matices, su aspiración a la conformación de un mundo multipolar y participan activamente en los ámbitos multilaterales (con la siempre presente aspiración de la India de acceder a un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y la creación y promoción conjunta, con

altibajos, del grupo BRICS), sus intereses y percepciones presentan rasgos diferenciales. Mientras Rusia se resiste a aceptar las normas y el derecho internacional², China intenta utilizarlas en su provecho (particularmente en el ámbito comercial y financiero desde su ingreso a la OMC) mientras que la India persiste en alinearse con la versión “libre y abierta” de los países democráticos que se identifican con la estrategia del Indo-Pacífico y que, como una de las democracias más populosas del planeta, le permite seguir identificada con el sistema liberal internacional. En los tres casos, sin embargo, el referente externo sigue siendo su actitud hacia Occidente y, en especial, su reticencia a aceptar o a rechazar, con distinto énfasis, el peso estratégico de los Estados Unidos en la región. En este sentido, la fisura entre los estados “iliberales” y “modernitarios” euroasiáticos y la orientación más democrática y liberal de la India es asimismo un factor importante en la dificultad de articular un RIC más efectivo frente al sistema liberal internacional y genera tensiones en el seno de un ámbito multilateral común, como es el grupo BRICS.

En el marco de este complejo proceso de alianzas y equilibrios, el proyecto de la Gran Eurasia, con la participación de los actores mencionados, es simultáneamente un proyecto regional, extrarregional y global, en tanto responde tanto a intereses del espacio euroasiático, y particularmente a la complementariedad de los intereses rusos y chinos, porque extiende su proyección a toda el Asia-Pacífico, el Sur de Asia, y Europa, y porque se plantea un rediseño del sistema liberal internacional dominado por los Estados Unidos (Lo, 2019).

El desarrollo del entramado de iniciativas, mecanismos e instituciones forjadas en Eurasia en el marco de este proceso tiene, por otra parte, un impacto tanto sobre la gobernanza regional como global, y, pese a su carácter eminentemente endógeno, tiene incipientes repercusiones en América Latina y el Caribe.

Eurasia y América Latina

Como se ha visto en otros capítulos de este volumen, junto a otros actores emergentes han sido, sin embargo, China y Rusia, y en menor medida, la India –las que han incrementado significativamente su presencia e influencia en América Latina y el Caribe en los últimos años, con una brecha temporal significativa: a nivel bilateral, mientras que Rusia –después de la desaparición de la URSS– se concentró inicialmente en su entorno inmediato, y sólo después de 2008 y, particularmente, a partir de 2012-2014 y del incremento de las tensiones con la UE y la OTAN– comienza a retomar una presencia geoestratégica significativa en la región. China viene desarrollando, desde hace más de dos décadas, una relación sostenida y creciente

tanto en el ámbito diplomático como, particularmente, en las relaciones comerciales y en las inversiones en la región, convirtiéndose en un actor clave para el desarrollo de esta y en un creciente factor de preocupación para Washington (Ríos, 2019). Junto con los logros económicos, la RPC ha ampliado sus alcances geopolíticos en la región, tanto con la marginación progresiva de Taiwán en la misma como por la ocupación gradual y cautelosa, a través de tratados y asociaciones estratégicas, de los vacíos dejados por la diplomacia y por las inversiones y el comercio estadounidense (Malena, 2020).

Sin embargo, es importante analizar, más allá de la actuación de estas dos potencias en la región, el impacto del entramado institucional originado en la compleja dinámica euroasiática.

La BRI ha sido un mecanismo crucial de la política china en su proyección global y ha actuado, en este sentido, como un instrumento fundamental en la expansión reciente de su presencia en América Latina y el Caribe. Más allá de la vaguedad y opacidad de su concepción e instrumentación, Xi Jinping ha señalado que América Latina es una “extensión natural” de la misma y Beijing ha impulsado un “eje vertical” de la BRI que incluye a la región, especialmente a partir de su reconocimiento por parte de Panamá después de romper relaciones diplomáticas con Taiwán, generando grandes oportunidades comerciales y financieras para la región y reacciones adversas por parte de los Estados Unidos. No obstante, la BRI no es un esquema multilateral y responde a una iniciativa básicamente china, que más allá de la retórica y de un lenguaje que apela a valores asociados al “espíritu de Shanghai” que inspiró la OCS, se despliega en función de sus propios intereses y prioridades (Serbin, 2019).

Por su parte, la UEEA –en el marco de aspiraciones más modestas– ha avanzado más lentamente en su vinculación con la región, a partir de la firma de una serie de acuerdos estratégicos con algunos países, y del Memorándum de Entendimiento con Mercosur en diciembre de 2018 para impulsar un acuerdo de libre comercio entre ambos esquemas multilaterales, y ha acelerado los procesos de intercambio comercial y la vinculación de empresas entre ambas regiones.

Los dos mecanismos son sin duda, componentes geopolíticos cruciales en la estrategia de ambas naciones, pese a los altibajos impuestos a ambos por sus crisis internas.

Sin embargo, no existe una acción concertada de los distintos actores y esquemas euroasiáticos en la región, como tampoco una respuesta unificada de la misma. China y Rusia –más allá de la construcción del espacio euroasiático– eventualmente mantienen posiciones comunes en los ámbitos multilaterales, y coordinan iniciativas en el continente

africano, pero en el ámbito regional latinoamericano, la coordinación entre las políticas de ambas naciones no es tan evidente y responde a sus propios intereses, prioridades estratégicas y percepciones de la región, incluyendo los diferentes grados y modalidades de involucramiento, en su momento, en la situación venezolana. Ha existido una convergencia en la incorporación al grupo de los BRICS de Brasil, como el interlocutor latinoamericano de peso, pero sin dar pie a una política concertada de ampliación del bloque (BRICS *Plus*) con la eventual incorporación de Argentina o de México, aún en discusión junto con la posible adhesión de otros países del llamado Sur Global.

En este marco, es muy difícil identificar, hasta el momento y a pesar de su creciente peso en el sistema internacional, una acción eurasiática concertada de manera integral y estratégica en América Latina y el Caribe, inclusive en potenciales focos de convergencia como es el caso de la crisis venezolana o en la interlocución con el único foro latinoamericano y caribeño con el que algunos actores euroasiáticos interactúan formalmente –la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC)–. La ausencia de una política euroasiática concertada hacia América Latina y el Caribe, se refleja, asimismo, en los limitados intentos de desarrollar iniciativas interregionales que vayan más allá de los acuerdos bilaterales en función de los intereses chinos o de las iniciativas de la UEEA en relación con Mercosur en el marco de la estrategia rusa.

Por otra parte, a nivel bilateral, sus respectivos interlocutores en la región latinoamericana también muestran marcadas diferencias, en tanto la región se presenta fragmentada, atomizada y marcada por una dispersión intrarregional que establece claras disparidades entre el relacionamiento de los actores mayores y de los más pequeños; entre el de los países del Atlántico y del Pacífico, y entre los del Norte y los del Sur. De hecho, los intentos de avanzar, por parte de por lo menos tres de las mencionadas potencias euroasiáticas en una interlocución colectiva con la región a través de la CELAC han fracasado o se han paralizado (casos de Rusia y de la India) o, a pesar de los esfuerzos de China, ha tenido avances limitados del lado latinoamericano en el marco del Foro China-CELAC³.

En este contexto, hay que tomar en cuenta que las percepciones respectivas juegan un papel importante. La elite política rusa, con mayor experiencia histórica en América Latina desde los tiempos de la URSS, aún percibe a la región en términos de su variable cuestionamiento a la hegemonía de los Estados Unidos y del estereotipo del “buen revolucionario” y utiliza sus vínculos tradicionales con las izquierdas latinoamericanas para profundizar sus relaciones, frecuentemente a través de los estereotipos heredados de la URSS. Baste hacer un repaso de las diversas actividades latinoamericanistas y de la literatura

especializada en la Federación Rusa para ver la predominancia de referencias a la izquierda revolucionaria de la región y a los gobiernos afines. Sin embargo, estas percepciones y estereotipos no obstaculizan un enfoque crecientemente pragmático en las relaciones, en función de la rivalidad geoestratégica con los Estados Unidos al “penetrar” su zona de influencia tradicional pero también desde el punto de vista económico por las oportunidades de negocios que ofrece no sólo con la venta de armamento o la explotación, operacionalización y comercialización de recursos naturales (como en el caso de Rosneft en Venezuela).

China –que aterriza en la región más tardíamente– también utilizó inicialmente sus vínculos con las izquierdas regionales, aunque interactúa con ella con un enfoque predominantemente pragmático, especialmente con los gobiernos de aquellos países que pueden proporcionar los recursos necesarios para impulsar su estrategia de desarrollo o para los espacios de inversión adecuados, con una mirada más “empresarial” y, eventualmente, más paternalista⁴.

No es casual, consecuentemente, que tanto Moscú como Beijing valoren positivamente la fase postliberal que acompañó a la “marea rosa” de gobiernos en América Latina y el Caribe en la primera década de este siglo, aunque posteriormente, con el cambio del mapa político en la región, se hayan adaptado –de una manera pragmática– a las nuevas circunstancias. Ambos países, sin embargo, coinciden en percibir la crisis venezolana más en términos de una eventual injerencia extranjera (léase los Estados Unidos) que atenta contra los principios de soberanía nacional y de no intervención en busca de un cambio del régimen “revolucionario”, que como resultado de las fallas y las falencias democráticas de éste.

En América Latina y el Caribe, el impacto de la dinámica euroasiática en su conjunto, más allá de las repercusiones específicas de las políticas de China y de Rusia, ha sido limitado. El desconocimiento de los procesos en curso en Eurasia ha llevado a algunos sectores de la izquierda latinoamericana a plantear la necesidad de que sus países se incorporen a la OCS, más que a analizar el efecto de la BRI o las potencialidades económicas de un vínculo con la UEEA. Si bien la BRI ha sido suscrita, a nivel bilateral, por algunos países de América Latina, independientemente de su filiación política, de hecho, los países más grandes como México, Brasil y Argentina no lo han hecho, y la UEEA, recién comienza a recibir alguna atención en cuanto a sus potencialidades comerciales y al desarrollo de alguna modalidad de interlocución interregional⁵.

Sin embargo, más allá de la percepción de las izquierdas latinoamericanas, da la impresión que la mirada de las elites y de la opinión pública

latinoamericana en relación a Rusia sigue asimismo fuertemente signada por los estereotipos ideológicos promovidos por Occidente durante la Guerra Fría (y posiblemente por las percepciones de los kremlinólogos estadounidenses), mientras que la percepción inicial de China –en lo que algunos analistas llamaron la fase de la “luna de miel” del desembarco chino (Armony y Velásquez, 2016)– fue más favorable pero se degradó parcialmente por las críticas a su explotación de los recursos naturales, por el impacto ambiental de sus inversiones, por las deudas que han generado sus créditos a tasas altas y por la falta de transparencia –asociada a procesos de corrupción– de muchas de sus actividades económicas en la región. Sin embargo, las percepciones acerca de China en América Latina no sólo han variado en el tiempo, sino también en función de los distintos subgrupos de países de América Latina y el Caribe y del impacto de la diplomacia china sobre líderes de opinión y medios informativos latinoamericanos (Ludwig, 2019), dando lugar a una amplia y coyunturalmente variable panoplia de percepciones positivas y negativas, en relación con los riesgos y a las oportunidades que ofrece (Mosquera, 2019).

Todas estas consideraciones son, obviamente, tentativas y no representan el resultado de un conjunto de estudios rigurosos y sistemáticos acerca de las percepciones mutuas entre ambas regiones que, a su vez, complejizan las relaciones interregionales. Mientras se incrementan los estudios, análisis e investigaciones que, sin embargo, están centrados principalmente en China y en Rusia –desde la proliferación de sinólogos y centros de estudios sobre China y Latinoamérica a los estudios sobre Asia en general– aún está ausente una visión integral de la dinámica de Eurasia y del impacto de sus instituciones, una región que será decisiva en las próximas décadas no sólo en el ámbito global, sino también en su repercusión en las flaquezas y debilidades de nuestra propia región y, especialmente, en su inserción futura en el sistema internacional. En este sentido, pese a su obviedad, el mismo conocimiento del desempeño de actores como China, Rusia o la India –que se analizan en este volumen– en la región está fuertemente condicionado por sus interrelaciones en el ámbito euroasiático y requieren de un conocimiento de la dinámica de estas interrelaciones y de sus repercusiones globales.

En todo caso y en conclusión, desde el punto de vista de las relaciones de Eurasia con América Latina y el Caribe, en esta fase es necesario distinguir entre tres áreas de interacción entre ambas regiones – a) las políticas individuales de China y Rusia, a las que se suman, en forme incipiente pero hasta ahora limitada, las de la India, Turquía e Irán, con objetivos y prioridades diferentes, pero dónde son más relevantes, en ese orden y en el plano económico y geopolítico, las de China y las de Rusia, reflejando, en parte, la dinámica de interrelación del espacio euroasiático; b) una iniciativa de proyección global de la gran estrategia de la República Popular China como es la BRI que adquiere

una dimensión regional –en términos de prioridades y objetivos geoeconómicos y geopolíticos– en América Latina y el Caribe, en el marco de las crecientes “asociaciones estratégicas” bilaterales entre China y algunos países de la región, la “extensión natural” de la región de esta iniciativa, y la configuración del “eje vertical” de la misma; y c) una estrategia de cooperación trans-regional –incipiente aún– de la UEEA –bajo una fuerte impronta rusa–, que complementa y refuerza parcialmente la presencia geoestratégica –pero particularmente la económica– de Moscú, pero también de sus otros miembros, en la región, y, a la vez, da pie para impulsar políticas individuales de sus países miembros –particularmente de aquéllos que por su escala y tamaño tienen potencial para hacerlo–. Sin embargo, en ninguno de los tres casos es visible la emergencia de una arquitectura interregional.

En este marco, las percepciones respectivas varían tanto en función del creciente pragmatismo de los miembros de ambas regiones, como de las respectivas coyunturas regionales, diluyendo progresivamente los estereotipos ideológicos del pasado.

Si bien Eurasia está lejos geográficamente, tiene una presencia creciente –tanto en función de sus actores protagónicos como de sus entramados institucionales–, evidencia un obvio potencial de desarrollo en sus relaciones con América Latina y el Caribe y tendrá un impacto global que afectará a la región. El punto es que sepamos conocer y comprender las diversas dimensiones de este proceso en el marco de la transición que vive el sistema internacional y de la configuración de un nuevo orden mundial, como así también de las oportunidades y riesgos que pueda ofrecer una más estrecha interacción interregional para equilibrar políticas bilaterales de algunos de sus actores protagónicos.

Notas

1. Rusia sigue manteniendo una paridad con los Estados Unidos en términos de su armamento nuclear, mientras que China se encuentra aún muy a la zaga de ambas naciones en sus capacidades nucleares actuales.
2. En la reciente reforma de la Constitución propuesta por Putin, se rechaza la prevalencia de normas internacionales por encima de las nacionales.
3. La convocatoria a una nueva cumbre entre la UE y la CELAC para avanzar en el diálogo iniciado entre ambas regiones se ha venido postergando desde 2017.

4. En conversaciones con especialistas chinos, he escuchado con alguna frecuencia comentarios acerca de la necesidad de llevar trabajadores chinos a ALC porque “los latinoamericanos trabajan menos” y, en por lo menos dos conferencias a las que tuve oportunidad de asistir en China, se habló de que China y los Estados Unidos deberían encarar un diálogo “para ayudar a resolver los problemas de la región” (sic).
5. La firma del MoU con el Mercosur y un seminario organizado en 2019 por el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) parecen ser los primeros pasos en este sentido, aunque hay asimismo varios países centroamericanos y andinos que avanzan en la firma de acuerdos de libre comercio con la UEEA.

